



HISPANIA NOVA  
Revista de Historia Contemporánea

Núm. 16, año 2018

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

<http://www.uc3m.es/hispanianova>

---

## RECENSIONES

---

Stéphane MICHONNEAU: *Fue ayer, Belchite. Un pueblo frente a la cuestión del pasado*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, 486 páginas, por **Alejandro Pérez-Olivares** (Sciences Po Lyon), [alejandro.perezolivares@sciencespo-lyon.fr](mailto:alejandro.perezolivares@sciencespo-lyon.fr)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2018.4062>

---

Poco después de que en Belchite comenzaran los trabajos de desescombro, en la frontera franco-española un intelectual de origen alemán llevaba un manuscrito dentro de su maleta. Era Walter Benjamin, y en esas páginas que guardaba con reverencial cuidado había escrito que “no hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie”. En su texto, las famosas *Tesis sobre el concepto de historia*, ya había dibujado críticas severas a una comprensión meramente lineal del tiempo o a la manera en que sus colegas concebían el pasado, antes de detenerse en el significado del patrimonio material legado por los vencedores. Benjamin apenas podía conocer este pequeño pueblo aragonés, pero ambos, lugar y personaje, vivieron una de las “catástrofes recientes” definitorias del siglo XX en Europa.

Para Stéphane Michonneau, autor de *Fue ayer, Belchite. Un pueblo frente a la cuestión del pasado*, esa experiencia catastrófica es el punto de arranque de cualquier historia contemporánea. La historia de Belchite lo es como “experiencia extraña y preciosa, la de experimentar el pasado mientras caminamos”. El conjunto del libro está marcado por esta afirmación en las páginas iniciales, a medio camino entre la reflexión sobre los usos políticos del pasado, la historia de la memoria traumática y el estudio de las violencias de guerra. Esta obra, que podemos disfrutar en castellano gracias a la traducción encargada por las siempre sugerentes Prensas de la Universidad de Zaragoza, está en consonancia con la trayectoria intelectual de Michonneau, catedrático de Historia Contemporánea en la *Université Lille 3* y antiguo director de estudios de la Casa de Velázquez. Sus investigaciones sobre las formas en que se alimentan memoria e identidad han dado a luz numerosas obras, entre las que

destacan la casi homónima *Barcelona: Memòria i identitat (1860-1931)*, en 2002, la dirección de la obra colectiva *Sombras de mayo*, en 2006, y la codirección de *Imaginario y representaciones de España durante el franquismo*, junto con Xosé Manoel Núñez Seixas, en 2014.

*Fue ayer, Belchite*, es una obra lógica si atendemos al *currículum* de su autor, pero no por ello menos sorprendente. Sus páginas dibujan un camino sinuoso, denso, de ida y vuelta. La primera parte orienta la intrahistoria del pueblo a través de capas superpuestas, a veces no cronológicas, donde el pasado se va acumulando a partir de decisiones personales (la propia reconstrucción) y colectivas, ensayos y errores, intereses o contextos propicios (la influencia del bombardeo de Guernica o el alcance de la propaganda en la guerra moderna). La importancia de esta historia, viene a decirnos el autor, en una especie de “aviso a navegantes”, no se encuentra en una secuencia ordenada de acontecimientos, en una lógica racional a través del tiempo. Y es que Belchite bien puede ser la crónica de la escasez durante la posguerra o la ocasión para rescatar los pretendidos poderes taumatúrgicos de Franco, de cuyas manos brotaban el agua corriente y la luz eléctrica en los pueblos “adoptados” por él mismo.

El libro presenta conceptos clave, como el de regímenes de historicidad y espacialidad, esto es, las formas de relacionarnos con el tiempo y el espacio, el de “memoria común” o el de “comunidades de duelo”, es decir, la producción colectiva de la memoria y la identidad a partir del trauma. Síntoma de un trabajo construido a partir de los debates historiográficos más importantes en las últimas dos décadas, como el de la historia sociocultural de la guerra, y prueba también de la voluntad del autor por asomarse a otras disciplinas y modos de hacer. La diversidad de fuentes empleadas es una llamada a la acción para futuros acercamientos a una cuestión que combina los insoslayables archivos municipales, administrativos y militares con la filmoteca, la prensa, las imágenes, las memorias y las entrevistas personales. Una apuesta tan sugerente como polémica, abierta al diálogo y a la crítica, donde el pasado aparece, ante todo, como problema. Es aquí donde el libro puede generar más comentarios, puesto que Stéphane Michonneau hace suya la tesis del “pacto de olvido” situando en la década de 1990 y en la “generación de los nietos” la expresión preferente del trauma asociado a un Belchite en ruinas. Una cuestión asociada a vacíos empíricos, a los

silencios, quizá. Sin embargo, ese trauma ya estaba presente en la posguerra, en la asociación del desorden a la destrucción o en el festejo de la ruina psicológica y corporal (mutilados y excombatientes), en la polarización social a través de una cruz de caídos que recordaba, en plena calle, la imposición de unas relaciones sociales muy concretas. Seguía presente a finales de la década de los 50 y 60, en los años en que el “desarrollismo” parecía haber barrido la concepción menendezpelayista de la historia de España a base de consumo y tras “25 años de paz”, a pesar de que los relatos sobre la guerra apenas encontraran eco en una sociedad cada vez más alejada del “Día de la Victoria”.

El trauma de Belchite continuó, quizá oculto a nuestros ojos, aunque ya no operase políticamente para el régimen. Las propias ruinas del pueblo viejo vehicularon un duelo que siguió construyendo la historia de este lugar, una historia construida también con los desaparecidos, también a partir del olvido. En la tercera parte del libro los pasajes interpretativos del autor se suceden con otros que demuestran la densidad de capas del objeto de estudio. En este sentido, la semiótica se une a una vocación interdisciplinar que también estructura la obra, aunque destaca la ausencia de las campañas arqueológicas sobre Belchite, con participación del CSIC y el *Centre for the Study of Post-Conflict Societies* de Nottingham. El interés del libro aquí es otro: revelar de qué formas los relatos presentes en el pueblo nuevo son producto del entrecruzamiento entre las memorias comunes, familiares, y la propaganda. Historia y memoria, mentira y verdad, una relación conflictiva en la que Stéphane Michonneau se posiciona de la manera más honesta, pues todo vale para el historiador interesado en las manipulaciones sobre el pasado. Una muestra más del conocimiento de otras realidades traumáticas, como la francesa, la anglosajona e incluso la japonesa. En la “era del testigo”, afortunada expresión de Annette Wieviorka, la historia puede convertirse en sinónimo de mentira y la memoria en sinónimo de verdad, o quizás, al contrario, como el propio autor reconoce.

Es en este contexto donde más se aprecian las virtudes de la decidida aproximación espacial de este trabajo, pues es en el espacio donde confluyen las representaciones del pasado, de manera incoherente e incluso contradictoria. Con ello el libro llega a su cuarta y última parte, acerca de la relación entre el espacio y el tiempo, entre las palabras y los silencios. La experiencia de la catástrofe también se

muestra en Belchite “aquí y ahora”. Un pueblo mártir, resistente, donde ambos discursos proyectan pasados incómodos sobre nuestro presente, donde las autoridades se debaten sobre qué legado gestionar, qué pasado no recordar. Sin embargo, las memorias de los vecinos dibujan otro curso, alternativo, y aún hoy siguen imaginando qué podía haber sido Belchite de no haberse abandonado el pueblo viejo. Toda una lección para los historiadores, obsesionados con explicar lo que fue en vez de rescatar las condiciones de posibilidad de un pasado siempre abierto al cambio.

La historia que alimenta el último libro de Stéphane Michonneau no es excepcional. Es mucho más importante que eso. En su singularidad, *Fue ayer, Belchite*, es una historia tan representativa como todas las que pretendan analizar desde un “tiempo largo” la memoria traumática de la guerra y su imagen materializada en el espacio. Y nos sitúa ante nuestra tensión última como “seres históricos”, interesados por las huellas de lo que fue y ya no existe. Documentos de cultura y, a la vez, de barbarie. *Fue ayer*, pero también puede ser mañana.